

»Tenia dos criaturas pequeñas. Su mujer que estaba próxima á parir la tercera, se asustó de tal modo al verle, que se sintió con agudos dolores, y parió á pocas horas. ¿Qué podíamos hacer en estas circunstancias en una apartada choza donde no era posible esperar socorro ninguno? Resolvióse Emilio á ir á buscar el caballo que habíamos dejado en el bosque, montarle y correr á llamar un cirujano de la ciudad. Dió al cirujano el caballo; y no habiendo podido encontrar con bastante prontitud una mujer que los cuidase, se volvió á pié con un criado, despues de haberos despachado un propio; mientras que yo apurado, como os podeis figurar, entre un hombre con la pierna rota, y una mujer de parto, disponia todo cuanto creia que pudiera necesitarse para alivio de ambos.

»No os referiré menudamente lo demás; no se trata de eso. Las dos de la madrugada eran antes que hubiésemos sosegado un instante ni uno ni otro. Finalmente, hemos llegado antes del amanecer á nuestro albergue aquí inmediato, donde hemos esperado la hora de que estuviéseis despierta, para daros cuenta de nuestro percamce.»

Callé, pero, antes que nadie responda. Emilio se acerca á su amada, y con mas entereza de lo que hubiera yo creído, la dice: «Sofia, árbitra sois de mi suerte, bien lo sabeis. Podeis matarme de pesar, mas no esperéis hacer que me olvide de los derechos de la humanidad, mas sagrados para mí que los vuestros, y nunca por vos renunciaré á ellos.»

En vez de responder Sofia á estas palabras, se levanta, ciñe con un brazo su cuello, le da un beso en la mejilla, y alargándole luego la mano, le dice: «Emilio, toma esta mano, tuya es. Si, cuando quieras, esposo y dueño mio, yo procuraré merecer ese honor.»

Apénas le ha abrazado, cuando embelesado su padre da palmadas gritando, *otro, otro*; y Sofia sin hacerse de rogar, le da dos besos en la otra mejilla; pero, casi al momento, asustada con lo que acaba de hacer, se arroja en los brazos de su madre, y en el seno maternal esconde su semblante inflamado de vergüenza.

No describiré el comun júbilo; todo el mundo se le

puede figurar. Despues de comer, pregunta Sofia si está muy lejos la casa de los pobres enfermos, para ir á verlos. Sofia quiere, y es una obra de caridad. Vamos allá, y los encontramos en dos camas separadas; Emilio habia hecho traer una: hallámos junto á ellos gente que los cuida; Emilio la habia buscado. No obstante, ambos están tan mal arreglados, que padecen tanto con lo incómodos como con su situacion. Sofia hace que le den un delantal de la buena mujer, y la arregla bien su cama; lo mismo hace luego con el hombre; su ligera y suave mano sabe hallar todo cuanto los lastima, y hacer que sus doloridos miembros descansén mas blandamente. Ya se sienten aliviados cuando ella se acerca: diríase que adivina todo lo que les hace mal. Esta doncella tan delicada no tiene asco ahora ni de la suciedad, ni del mal olor, y sabe hacer que ambas cosas desaparezcan, sin valerse de nadie, y sin incomodar á los enfermos. Ella siempre tan modesta y á veces tan desdeñosa, que por el mundo entero no hubiera tocado con la punta del dedo á la cama de un hombre, meneá y dá vueltas al herido sin escrúpulo ninguno, y le pone en posicion mas cómoda, para que pueda permanecer en ella mucho tiempo. El fervor de la caridad sustituye con ventajas á la modestia: lo que hace, lo hace con tal maña y ligereza, que el enfermo se siente aliviado, casi sin conocer que le ha tocado. El marido y la mujer bendicen á la amable niña que los sirve, los compadece y los consuela. Es un ángel del cielo que Dios les envia; tiene angélica la cara, la gracia, la dulzura y la bondad. Enternecido Emilio la contempla silencioso. Hombre, ama á tu compañera: Dios te la da para consolarte en tus penas, para aliviarte en tus males: esa es la mujer.

Se bautiza al recién nacido. Los dos amantes son los padrinos, ansiando en lo interior de su corazón proporcionar en breve el mismo favor á otros. Anhelan por el deseado instante; ya creen que tocan á él; todos los escrúpulos de Sofia están desvanecidos, pero empiezan los mios. No han llegado aun á donde creen: es menester que á cada uno le toque su vez.

Habiendo pasado dos dias sin verse los amantes, en la mañana del tercero entro en el cuarto de Emilio con

una carta en la mano, y le digo mirándole de hito en hito: «¿Qué hariais si os dijese que ha muerto Sofia?» Da un terrible grito, se levanta dando palmadas, y sin contestar me mira con espantados ojos. «Responded,» prosigo con la misma tranquilidad. Enfurecido entonces con mi serenidad, se acerca, inflamados los ojos en rabia; y deteniéndose en postura casi amenazadora: «¿Qué haria?... No lo sé, pero lo que sé es que no volveria á ver en mi vida á quien me lo hubiese dicho.—Sosegaos, respondo sonriéndome, que vive, está buena, piensa en vos, y nos aguarda esta tarde. Pero vamos á dar un paseo, y hablaremos.»

La pasion que le preocupa, no le permite abandonarse como antes á conferencias de mero raciocinio; es preciso interesarle por esta pasion misma, para que atienda á mis lecciones. Esto es lo que he logrado con este terrible preámbulo; ahora estoy cierto de que me escuchará.

«Preciso es ser feliz, amado Emilio; ese es el fin de todo ser sensible, el primer deseo que nos imprimió la naturaleza, y el único que nunca nos abandona. Pero ¿dónde está la felicidad? ¿Quién lo sabe? Todos la buscan, y ninguno la encuentra. Gastamos la vida en correr tras ella, y morimos sin alcanzarla. Querido mancebo, cuando naciste, tomándote en mis brazos, y atestigüando con el Ser supremo el empeño que me atrevia á contraer, sacrifiqué mi vida á la felicidad de la tuya, ¿supe yo mismo á lo que me obligaba? No: solo sabía que haciéndote feliz estaba cierto de serlo yo. Haciendo esta útil investigacion para tí, la hacía comun de los dos.

«Mientras no sabemos lo que debemos hacer, consiste la sabiduría en permanecer en la inaccion. Entre todas las máximas esta es la que mas necesita el hombre, y la que menos sabe seguir. Buscar la felicidad sin saber donde se halla, es aventurarse á huir de ella, y correr tantos peligros contrarios cuantas sendas hay para descarriarse. Mas á todo el mundo es dado el saber estarse quieto. En la inquietud que nos causa el ansia de nuestro bienestar mas queremos engañarnos en correr tras él, que omitir diligencia en buscarle; y una vez

que hemos salido del sitio donde podemos conocerle, nunca sabemos volvernos á él.

»Con la misma ignorancia probé á evitar el mismo yerro. Cuidando de tí, resolví no dar un paso inútil, é impedir que tú le dieras. No salí de la senda de la naturaleza, entre tanto que esta me enseñaba la de la felicidad. Ha resultado que eran una misma, y que sin pensar en ello la habian seguido.

»Sé mi testigo; sé mi juez; nunca te recusaré. Tus años primeros no han sido sacrificados á los que debian seguirlos, y has disfrutado de cuantos bienes te habia dado la naturaleza. De los males á que te sujetó, y de que te he podido preservar, solo has sentido aquellos que podian endurecerte para los demás. Nunca has padecido ninguno, que no fuera por evitar otro mayor. Ni el odio ni la esclavitud has conocido. Contento y libre, has permanecido justo y bueno, porque son inseparables el pesar y el vicio, y nunca se hace malo el hombre hasta que es desdichado. ¡Ojalá que la memoria de tu infancia se prolongue hasta tus ancianos años! Confío en que nunca se acordará de ella tu buen corazon sin bendecir la mano que la gobernó.

»Cuando llegaste á la edad de razon, te preservé de la opinion de los hombres; cuando se hizo sensible tu corazon, te preservé del imperio de las pasiones. Si hubiera podido dilatar esta interior tranquilidad hasta el fin de tu vida, habria yo asegurado mi obra, y serias siempre feliz cuanto puede un hombre serlo: pero en vano, querido Emilio, he templado en la Estigia tu alma, pues no he podido hacerla invulnerable por todas partes; un nuevo enemigo se presenta, que todavia no has aprendido á vencer, y de que ya no puedo libertarte. Este enemigo eres tú mismo. Libre te habian dejado la naturaleza y la fortuna. Podias aguantar la miseria, podias sufrir los dolores corporales, no conocias los del ánimo; no estabas ligado mas que con la condicion humana, y ahora lo estás á todos los vínculos con que tú te has amarrado; aprendiendo á desear, te has hecho esclavo de tus deseos. Sin que nada en tí mude, sin que te ofenda nada, sin que nada á tu ser toque, ¡cuántos pesares pueden abatir tu ánimo! ¡Cuántos males puedes

sentir, sin estar enfermo, y cuántas muertes, sin morir, padecer! Una mentira, un error, una duda, puede conducirte á la desesperacion.

Has visto en el teatro á los héroes, entregados á vehementes dolores, hacer resonar la escena con sus desatinados clamores, afigirse como mujeres, llorar como criaturas, y merecer así los públicos aplausos. Acuérdate de la sorpresa que estas lamentaciones, estos clamores, estas quejas te causaban en hombres de quienes solo actos de constancia y entereza debian esperarse. ¡Qué, decias indignado, son esos los ejemplos que nos presentan para que sigamos los dechados que ofrecen á nuestra imitacion! ¿Temen que el hombre no sea bastante mezquino, desventurado y débil, si todavia no vienen á tributar incienso á su flaqueza bajo la mentida imagen de la virtud? Amado jóven, sé mas indulgente de hoy en adelante con la escena, que ya eres uno de sus héroes.

»Sabes padecer y morir, sabes aguantar la ley de la necesidad en los males físicos; pero todavia no has impuesto leyes á los apetitos de tu corazon; y los pesares de nuestra vida, mas que de nuestras necesidades nacen de nuestras afecciones. Vastos son nuestros deseos, y nuestra fuerza casi nula. El hombre está unido con mil cosas por lo que anhela, y por sí propio no lo está con nada, ni aun con su misma vida: cuanto mas aumenta sus vínculos, mas multiplica sus penas. Todo pasa rápidamente por la tierra: todo cuanto amamos, tarde ó temprano ha de faltarnos, y nos unimos á ello como si hubiera de durar eternamente. ¡Qué terror con sola la sospecha de la muerte de Sofia! ¿Pues has creído que habia de vivir siempre? ¿No muere ninguna de su edad? Tiene que morir, hijo mio, y acaso antes que tú. ¿Quién sabe si ahora mismo está viva? La naturaleza te habia sujetado á una sola muerte; tú te sujetas á la segunda; y te hallas en caso de morir dos veces.

»¡Sujeto de esta suerte á tus desarregladas pasiones, cuán digno de compasion vas á vivir! Siempre privaciones, pérdidas y sobresaltos; nunca disfrutarás ni aun de lo que te hubieren dejado. El temor de perderlo todo te impedirá que nada poseas; y por no haber querido

seguir mas que tus pasiones, nunca podrás satisfacerlas. Siempre ansiarás el sosiego, y siempre huirá delante de ti; serás desgraciado, y te volverás malo. ¿Y cómo pudieras no serlo, si no tienes otra ley que tus desenfadados deseos? ¿Si no puedes aguantar las privaciones involuntarias, cómo te has de imponer las voluntarias? ¿Cómo has de saber sacrificar tu inclinacion á lo que debes, y resistirte á tu corazon por escuchar tu razon? ¿Tú que ya no quieres ver á quien te te dijese la muerte de tu amada, cómo habias de ver á quien quisiera quitártela viva, á quien se atreviese á decirte: para tí es muerta, la virtud de ella te aparta? Si es fuerza que con ella vivas en cualquier evento, sea ó no casada Sofia, seas tú libre ó no, que ella te ame ó te aborrezca, que te la den ó te la nieguen, nada importa que tú la quieras; fuerza es que á cualquier precio la poseas. Dime, pues, ¿en qué delito se para el que no sigue otras leyes que los ímpetus de su corazon y á nada de cuanto desea sabe resistirse?

»Hijo mio, no hay felicidad sin valor, ni virtud sin resistencia. La voz *virtud* viene de *fuerza*; esta es la base de toda virtud. Solamente á un ser débil por su naturaleza y fuerte por su voluntad pertenece la virtud; y aunque llamemos bueno á Dios, no le llamamos virtuoso, porque para obrar bien no necesita esfuerzos. He aguardado á que estuvieses en estado de entenderme, para explicarte esta palabra tan profanada. Poca necesidad hay de conocer la virtud, cuando no cuesta nada el practicarla. Esta necesidad llega cuando se despiertan las pasiones, y para tí ya ha llegado.

»Educándote con toda la sencillez de la naturaleza, en vez de prescribirte obligaciones penosas, te he preservado de los vicios que hacen penosas estas obligaciones; no tanto he hecho que aborrecieses la mentira como que te fuera inútil; no tanto te he enseñado á dar á cada uno lo que es suyo, como á no cuidarte de lo ajeno, y mas bien he hecho que fueses bueno que no virtuoso. Pero el que solamente es bueno no permanece tal sino en cuanto halla gusto en serlo; la bondad se rompe y perece con el choque de las pasiones; el hombre que no es mas que bueno, solo es bueno para sí.

»¿Pues quién es el varón virtuoso? El que sabe vencer sus afectos; porque sigue entonces su razón, su conciencia; cumple con su obligación, se mantiene en el orden, y nada puede separarle de él. Hasta aquí solo eras libre en la apariencia; solo poseías la precaria libertad de un esclavo á quien nada han mandado. Sé ahora libre en efecto, aprende á enseñorearte de tí mismo: manda, Emilio, en tu corazón, y serás virtuoso.

»Esto es otro aprendizaje que te falta hacer, aprendizaje mas penoso que el primero: porque la naturaleza nos libra de los males que nos impone, ó nos enseña á sufrirlos; pero nada nos ayuda en los que nos vienen por nuestra causa, que entonces nos abandona á nosotros propios dejando que, víctimas de nuestras pasiones, nos rindamos á nuestros vanos dolores, y todavía nos engriamos con llantos que debieran sonrojarnos.

»Esta es tu pasión primera, y acaso la única digna de tí. Si sabes regirla como hombre, será la última; sojuzgarás todas las demás, y solo obedecerás á la virtud.

»No es culpable esta pasión, bien lo sé; es tan pura como las almas que la sienten. Formada por la honestidad, la fomentó la inocencia. ¡Venturosos amantes! Los embelesos de la virtud no hacen mas que aumentar en vosotros los del amor, y el suave yugo que os espera no es menos recompensa de vuestro recato que de vuestro cariño. Mas dime, hombre sincero, ¿no te ha dominado esa pasión tan pura? ¿No te ha hecho su esclavo? Y si mañana dejaras de ser inocente, ¿la sofocarías desde mañana? Ahora es la ocasión de probar tus fuerzas, que cuando es preciso emplearlas no es ya tiempo. Lejos del peligro se han de hacer estas arriesgadas pruebas. El soldado no se ejercita para las lides en presencia del enemigo, sino que se dispone para ellas antes de la guerra, y se presenta ya preparado.

»Error es distinguir las pasiones en lícitas y vedadas, para abandonarse á las primeras y negarse á las otras. Todas son buenas para quien las domina, todas malas para el que á ellas se sujeta. Lo que nos veda la naturaleza, es dilatar nuestros vínculos mas allá de nuestras fuerzas; lo que nos veda la razón, es querer lo

que no podemos alcanzar; lo que nos veda la conciencia, no son las tentaciones, sino dejarnos vencer de ellas. No pende de nosotros tener ó no pasiones, pero sí reinar sobre ellas. Legítimos son todos los afectos que dominamos, y culpables todos cuantos nos dominan. Un hombre no comete culpa por amar la mujer ajena, si sujeta esta malhadada pasión á la ley del deber; pero si la comete en amar á su mujer propia hasta el punto de sacrificarlo todo á este amor.

»No esperes de mí largos preceptos de moral; uno solo tengo que darte, y ese comprende todos los demás. Sé hombre; ciñe tu deseos á los límites de tu condición. Estudia y conoce estos límites; por estrechos que sean, nadie es infeliz mientras se encierra en ellos; lo es el que quiere pasarlos; el que, en sus desatinados deseos, cree posible lo que no es; el que se olvida de su estado de hombre para fraguarse otro imaginario, del cual siempre recae en el suyo. Aquellos bienes á que creemos tener derecho, son los únicos cuya privación nos sea costosa. La imposibilidad evidente de alcanzarlos nos desprende de ellos, y no nos atormentan los deseos sin esperanza. Un pordiosero no afana por el ansia de ser rey, ni quiere ser Dios un rey mientras no presume de ser mas que hombre.

»El origen de nuestros mayores males son las ilusiones del orgullo; pero la contemplación de la humana miseria siempre hace moderado al sabio. Se mantiene en su puesto; no se afana por salir de él, ni gasta inútilmente sus fuerzas por disfrutar lo que no puede conservar; y empleándolas todas en la entera posesión de lo que tiene, es efectivamente mas poderoso y rico en todo cuanto desea menos que nosotros. ¿Yo, ser mortal y deleznable, me he de enlazar con nudos perdurables á esta tierra donde todo muda, todo huye, y de donde mañana desapareceré? ¡Oh Emilio, hijo mío! si te perdiera, ¿qué me quedaria de mí mismo? Pero es menester que me vaya acostumbrando á perderme: porque ¿quién sabe cuándo me serás robado?

»Quieres por tanto vivir feliz y sabio? No apegues sin reserva tu corazón mas que á la beldad que nunca muere: ciñe tu condición tus deseos; antepón tu obli-

gacion á tus inclinaciones; extiende la ley de la necesidad á las cosas morales; aprende á perder lo que te pueden quitar, y á dejarlo todo cuando lo manda la virtud; á hacerte superior á los sucesos, para que no destrocen tu corazon; á ser esforzado en la adversidad para no ser nunca desgraciado; á someterte por completo á tu obligacion para no ser nunca delincuente. Entonces á despecho de la fortuna serás feliz, y sabio á despecho de las pasiones: entonces en la misma posesion de los bienes frágiles encontrarás un deleite que nada podrá perturbar: los poseerás sin que te posean, y conocerás que el hombre de quien todo huye, solo goza de lo que sabe perder. Es cierto que no tendrás la ilusion de los contentos imaginarios: pero tampoco tendrás los duelos que producen. De este cambio sacarás mucha ventaja, porque los duelos son reales y frecuentes, y los contentos raros y vanos. Vencedor de tantas engañosas opiniones, tambien lo serás de la que tanto precio atribuye á la vida: pasarás la tuya sin turbacion, y la concluirás sin susto; te desprenderás de ella como de todas las cosas. Piensen otros sobrecogidos de terror que cesan de existir cuando la dejan: instruido tú de su ningun valor, crearás que comienzas. La muerte es el fin de la vida del malo, y el principio de la del justo.»

Emilio me escucha con una atencion mezclada de zozobra, temiendo de este preámbulo alguna conclusion siniestra. Presiente que habiéndole manifestado la necesidad de ejercitar la fuerza de ánimo, le quiero sujetar á esta dura prueba; y como el herido que se estremece al ver acercarse al cirujano, ya cree sentir en su llaga la mano dolorosa, aunque saludable, que impide que se gangrene.

Irresoluto, perturbado, ansioso por saber adonde quiero ir á parar, en vez de responder, me pregunta, mas con miedo. «¿Qué hay que hacer?» me dice casi temblando, y sin atreverse á alzar los ojos.—Lo que hay que hacer, le respondo con voz entera, es dejar á Sofia.—¿Qué decis? esclama arrebatado: ¿dejar á Sofia! ¿abandonarla, engañarla, ser un aleve, un pícaro, un perjuro!...—¿Qué, le replico interrumpiéndole, piensas aprender de mí á merecer esos nombres?—No, continúa

con el mismo ímpetu, ni de vos, ni de nadie, que yo sabré, para conservar vuestra obra, no merecerlos.»

Aguardaba esta primera furia, y la dejo que pase sin alborotarme. Si no tuviese la moderacion que le predico, mal me estaria el predicársela. Bien conocido me tiene Emilio para no creerme capaz de exigir de él nada que sea malo, y bien sabe que obraria mal dejando á Sofia, á la manera que él lo entiende. Por tanto aguarda á que yo me explique. Entonces vuelvo á tomar el hilo de mi discurso.

«¿Pensais, amado Emilio, que pueda ser un hombre, en cualquiera situacion que se encuentre, mas feliz que vos lo sois desde hace tres meses? Si lo pensais, desengañaos. Antes de gozar los deleites de la vida, teneis ya vacio el vaso de la felicidad. Nada mas hay de lo que habeis gozado. La felicidad de los sentidos es transitoria; el estado habitual del corazon siempre pierde con ella. Mas habeis gozado por la esperanza que gozaris nunca en realidad. La imaginacion que atavia todo cuanto deseamos, en la posesion lo abandona. Excepto el único ser existente por sí mismo, no hay otra cosa hermosa que lo que no existe. Si hubiera podido durar siempre este estado, habriais hallado la suma felicidad. Pero todo cuanto pende del hombre se resiente de su miseria; todo es finito, todo efimero en la vida humana; y aun cuando el estado que nos hace felices durara sin cesar, el hábito de gozarlé nos quitaria el gusto de poseerle. Si nada muda en lo exterior, muda el corazon; nos deja la dicha, ó la dejamos nosotros.

»Durante nuestro delirio, corria el tiempo que vos no mediais. El verano se acaba, y se acerca el invierno. Aun cuando pudiéramos continuar nuestras caminatas en tan mala estacion, no nos lo consentirian. Fuerza es, aun á despecho nuestro, mudar de modo de vivir, porque este no puede durar mas. En vuestros ojos impacientes veo que no os detiene mucho esta dificultad: el consentimiento de Sofia y vuestros propios deseos os indican un medio fácil para evitar la nieve y no tener que hacer mas viajatas para ir á verla. Sin duda es cómodo el expediente, pero llegada la primavera se derrite la nieve, y subsiste el matrimonio; y es

necesario pensarlo bien para todas las estaciones del año.

»¡Quereis casaros con Sofía, y no hace aun cinco meses que la conoceis! Quereis casaros con ella, no porque os conviene, sino porque os agrada, como si el amor nunca se engañara acerca de las conformidades, y como si los que empiezan amándose, nunca acabaran aborreciéndose. Es virtuosa, bien lo sé: ¿pero basta con eso? ¿Basta con ser personas honradas para convenirse? No es su virtud lo que pongo en duda, sino su carácter. ¿Se manifiesta en un día el de una mujer? ¿Sabeis en cuántas situaciones es preciso verla para conocer á fondo su índole? ¿Os responden cuatro meses de cariño de la vida entera? Dos meses de ausencia harán acaso que os olvide; acaso otro solamente espera á que esteis lejos para borraros de su pecho; acaso cuando volvais, la encontrareis tan indiferente como hasta ahora la habeis hallado sensible. Los afectos no penden de los principios; puede seguir siendo muy honrada, y dejar de amaros. Será constante y fiel, me inclino á creerlo; ¿pero quién os responde de ella, y quién responde á ella de vos, mientras que no os hayais visto á prueba? ¿Para hacer la prueba, esperareis á que sea inútil? ¿Para conoceros, esperareis á no poderos separar?

»Sofía aun no tiene diez y ocho años, y vos apenas habeis cumplido los veinte y dos; esta edad es la del amor, mas no la del matrimonio. ¡Qué padre y madre de familia! ¡Ah! Para saber educar niños, aguardad al menos á que no lo seais. ¿Sabeis de cuántas jóvenes han debilitado la constitucion, estragado la salud, y acortado la vida las fatigas de la preñez sufridas antes de tiempo? ¿Sabeis cuántos niños, por no haber tomado su primera sustancia en un cuerpo suficientemente hecho, se han quedado endebles y enfermizos? Cuando á la par crecen la madre y el hijo, y se divide la sustancia necesaria para el incremento de cada uno de los dos, ni á uno ni á otro le toca lo que le destinaba la naturaleza: ¿pues cómo es posible que no padezcan entrambos? O tengo muy mal conocido á Emilio, ó mas querrá tener mas tarde hijos y mujer robustos, que contentar su propia impaciencia á costa de la vida y salud de ellos.

»Hablemos de vos. ¿Aspirando al estado de esposo y padre, teneis bien meditadas las obligaciones de tal? Haciéndoos cabeza de familia, os vais á hacer miembro del Estado. ¿Y qué es ser miembro del Estado? ¿Lo sabeis? Habeis estudiado vuestras obligaciones de hombre, ¿pero conoceis las de ciudadano? ¿Sabeis qué cosa es gobierno, leyes, patria? ¿Sabeis á qué precio os es lícito vivir, y por quién debeis morir? Creéis que todo lo habeis aprendido; y nada sabeis aun. Antes de tomar asiento en el órden civil, aprended á conocerle, y á saber qué puesto os pertenece en él.

»Emilio, es preciso dejar á Sofía: no digo abandonarla; si de ello fuérais capaz, mucha dicha fuera la suya en no casarse con vos: es preciso dejarla para volver digno de ella. No seais tan vano que creais haberla merecido ya. ¡Oh, cuánto os falta que hacer! Venid á desempeñar esta noble tarea; venid á aprender á sufrir la ausencia; venid á ganar el premio de la fidelidad, para que de vuelta podais honraros con alguna cosa junto á ella, y pedir su mano, no como una gracia, sino como una recompensa.»

Todavía bisono en lidiar contra sí propio, inexperto aun en desear una cosa y querer otra, no se rinde el mancebo, resiste diciendo: «¿Por qué he de rehusar la felicidad que me espera? ¿No fuera desdeñar la mano con que me brindan, tardar en aceptarla? ¿Qué necesidad hay de apartarme de ella para saber lo que la debo?»

¿Y aun cuando así fuese necesario, por qué no dejarla en indisolubles vinculos la prenda segura de mi vuelta? Siendo su esposo, estoy dispuesto á separarme de ella; unámonos, y la dejo sin temor...—¡Uniros para dejaros, querido Emilio, que contradiccion! Cosa hermosa es que pueda vivir un amante sin su dama, pero un marido no debe dejar sin necesidad á su mujer. Veo que para sanar vuestros escrúpulos, han de ser involuntarias vuestra dilaciones: es menester que podais decir á Sofía que la dejais contra vuestra voluntad. Bien está, satisfaceos, y pues no obedecéis á la razon, reconoced otro dueño. No habeis olvidado el empeño que conmigo teneis contraido. Emilio, es preciso dejar á Sofía; yo lo mando.»

A estas palabras baja la cabeza, calla, está pensativo un rato, y mirándome luego con entereza, me dice: «¿Cuándo nos vamos?—Dentro de ocho días, le respondo; es preciso disponer á Sofia para esta partida. A las mujeres se les deben mas contemplaciones; y como esta ausencia no es para ella una obligacion como lo es para vos, la es lícito sufrirla con menos ánimo.»

Tentado estoy de prolongar hasta la separacion de mis dos jóvenes el diario de sus amores; pero hace mucho tiempo que abuso de la indulgencia de mis lectores: acortemos para acabar alguna vez. ¿Se atreverá Emilio á tener á los pies de su amada la misma entereza que acaba de manifestar á su amigo? Yo así lo creo; de la misma verdad de su amor debe sacar esta entereza. Mas confuso estuviera en su presencia si le fuese menos costoso el dejarla; la dejara como culpado, y este papel siempre es árduo para un corazón honrado: cuanto mas le cuesta el sacrificio, mas se honra con él á los ojos de la que tan penoso se le hace. No teme que su amada equivoque el motivo que le determina, y parece que con cada mirada le diga: ¡Sofia, lee dentro de mi pecho, y sé fiel; tu amante no es un hombre sin virtud!

Por su parte la altiva Sofia procura sufrir con dignidad este imprevisto golpe. Se esfuerza en mostrar una aparente insensibilidad; pero no teniendo, como Emilio, la honra de lidiar y vencer, sostiene menos su entereza. Llora, gime á su despecho, y el temor de ser olvidada hace mas acerbo el dolor de la separacion. No llora delante de su amante, no le muestra sus temores, antes se ahogaría que dejar se le escapara un suspiro en su presencia; yo á quien afecta tener por confidente, soy el que escucha sus querelias y ve sus lágrimas. Las mujeres son astutas, y se saben disfrazar: cuanto mas murmura en su interior contra mi tiranía, mas se esmera en acariciarme, pues conoce que su destino está en mis manos.

La consuelo, la tranquilizo, la respondo de su amante, ó mas bien de su esposo, porque si ella le conserva la misma fidelidad que él ha de conservar, la juro que lo será dentro de dos años. Me estima lo bastante para

creer que no quiero engañarla. Soy el fiador de cada uno de ellos para con el otro. Sus corazones, su virtud, mi probidad, la confianza de sus padres, todo los anima. ¿Pero qué vale la razon contra la debilidad? Se separan como si no hubieran de volver á verse.

Entonces sí que acordándose Sofia del sentimiento de Eucaris, cree que realmente se encuentra en su lugar. No dejemos durante la ausencia despertarse estos fantásticos amores. «Sofia, le digo un dia, haced con Emilio un cambio de libros. Dadle vuestro Telémaco para que á aprenda á parecersele; y él os dará el Espectador, cuya lectura os gusta. Estudiad en él las obligaciones de las esposas honestas, pues dentro de dos años estas obligaciones van á ser las vuestras.» Este cambio á entrambos agrada, y les inspira confianza. Por fin llega el dia fatal; es fuerza separarse.

El digno padre de Sofia, con quien todo lo he concertado, me abraza al recibir mi despedida: llevándome luego aparte, me dice con tono grave y acento expresivo las siguientes palabras: «Yo he hecho cuanto habeis querido por daros gusto; sabia que trataba con un hombre de honor: una palabra sola me queda que decir. Acordaos de que vuestro alumno ha firmado en la boca de mi hija su contrato de matrimonio.»

¡Qué diferente aspecto el de ambos amantes! Emilio impetuoso, ardiente, agitado, fuera de sí, da gritos, vierte raudales de lágrimas en manos del padre, de la madre, de la hija; abraza con mil sollozos á toda la gente de casa, y mil veces repite unas mismas cosas con un desórden que en cualquiera otra ocasion hiciera reir. Sofia mística, descolorida, amortecidos los ojos, turbio el mirar, no habla, no llora, no ve á nadie, ni aun á Emilio. En vano él la coge las manos y la estrecha en sus brazos; permanece inmóvil, insensible á sus llantos, á sus halagos, á todo cuanto hace; para ella ya marchó. ¡Cuánto mas entenece este modo que los importunos quejidos, y el estrepitoso desconsuelo de su amante! Lo ve este, lo siente y se le desgarran el corazón; me le llevo á la fuerza: si le dejo un instante mas, no querrá partir. Celebro que se lleve impresa esta triste imágen. Si alguna vez le viene tentacion de olvidarse

de lo que debe á Sofia, recordándola del modo que la ha visto en el instante de su partida, muy enajenado ha de tener el corazón si á ella no le vuelvo.

### DE LOS VIAJES.

Preguntan si es útil que viajen los mozos, y disputan mucho sobre esta cuestion. Si de otro modo la propusieran, y preguntaran si es útil que hayan viajado los hombres, acaso no disputarian tanto.

El abuso de libros acaba con la ciencia. Creídos de que sabemos lo que hemos leído, nos juzgamos exentos de aprenderlo. La mucha lectura solo sirve para hacer ignorantes presumidos. No ha habido siglo en que se haya leído tanto como en este, y en que menos ciencia haya: entre todos los países de Europa no háy uno en que se impriman tantas historias, relaciones y viajes, como en Francia, ni ninguno donde menos se conozcan la índole y costumbres de las otras naciones. La multitud es causa de que descuidemos el libro del mundo; ó si todavía leemos en él, ninguno sale de su página. Aun cuando no supiera yo el dicho *es posible ser persa?* oyéndole repetir, habria adivinado que se dijo en el país donde mas reinan las preocupaciones nacionales, y por el sexo que mas las propaga.

Un parisiense cree conocer á los hombres, y solo conoce á los franceses: en su capital, llena siempre de extranjeros, mira á cada uno de estos como un fenómeno extraordinario que no tiene igual en lo restante del universo. Es necesario haber visto de cerca á los vecinos de este vasto pueblo y haber vivido con ellos, para creer que con tanta viveza puedan los hombres ser tan estúpidos. Lo extraño es que cada uno de ellos ha leído diez veces acaso la descripción del país de que tanto se admira, cuando ve uno de sus habitantes.

Es mucho tener que atravesar las preocupaciones de los autores y las nuestras para llegar á la verdad. He pasado mi vida leyendo relaciones de viajes, y nunca encontré dos que me hayan dado una misma idea del mismo pueblo. Comparando lo poco que podia observar con lo que habia leído, he concluido dejando á los via-

jeros, y sintiendo el tiempo que habia gastado en su inútil lectura, convencido de que en punto á observaciones de cualquier género, no se ha de leer, que se ha de ver. Esto fuera cierto en esta ocasion, aun cuando fuesen sineeros todos los viajeros, ó únicamente dijese lo que han visto y lo que creen y solo disfrazasen los falsos colores que á sus ojos toma la verdad. Pues ¿qué será cuando tambien es preciso distinguirla por entre su mala fé y sus mentiras?

Dejemos, por tanto, el recurso de los libros á los que son capaces de contentarse con él. Es bueno, como el *Arte magna* de Raimundo Lulio, para aprender á charlar de lo que no se entiende, ó para adiestrar Platones de quince años que filosofen en las concurrencias é instruyan á una tertulia en los usos del Egipto y las Indias, á crédito de Pablo Lucas ó de Tabernier.

Llevo por indisputable máxima, que aquel que solo ha visto un pueblo, en vez de conocer á los hombres, solamente conoce las gentes entre quienes ha vivido. Este es otro modo de sentar la cuestion de los viajes. ¿Basta con que un hombre bien educado solamente conozca á sus compatriotas, ó le importa conocer á los hombres en general? Aquí ya no queda disputa ni duda. Véase cuanto pende á veces la solucion de una cuestion árdua del modo de presentarla.

Mas, para estudiar á los hombres, ¿hemos de correr toda la tierra? ¿Es menester ir al Japon para observar á los europeos? ¿Para conocer la especie, es preciso conocer á todos los individuos? No: pues hay hombres tan parecidos, que no merecen la pena de estudiarlos separadamente. Quien ha visto diez franceses, los tiene vistos todos. Aunque no pueda decirse lo mismo de los ingleses ni de otras naciones, es cierto, sin embargo, que cada nacion tiene su carácter peculiar y especial, que se saca por induccion, no de la observacion de uno solo de sus miembros, sino de muchos. El que ha comparado diez pueblos, conoce á los hombres, como el que ha visto diez franceses, conoce á los franceses.

No basta instruirse corriendo los países, se necesita saber viajar. Para observar, es preciso tener ojos y dirigirlos hácia el objeto que se quiere conocer. Hay

muchas gentes á quienes todavía instruyen menos los viajes que los libros, porque ignorando el arte de pensar, en la lectura al menos guía su espíritu el autor, y en sus viajes nada saben ver por sí mismos. Otros no se instruyen, porque no quieren intruirse. Tan distinto objeto llevan, que este les hace muy poca impresion; y es mucha casualidad, que veamos con exactitud lo que no nos cuidamos de mirar. De todos los pueblos del mundo, el francés es el que mas viaja; pero lleno de sus estilos, confunde todo lo que no es parecido á ellos. Franceses hay en todos los rincones del universo. En ningun país se encuentran mas personas que hayan viajado que en Francia; y con todo eso el pueblo de Europa que mas corre por los otros, es el que menos los conoce. Tambien viaja el inglés, pero de otro modo; es fuerza que en todo sean contrarios estos dos pueblos. La nobleza inglesa viaja; la francesa no; la plebe francesa viaja, y la inglesa no. Esta diferencia me parece honrosa para los últimos. Los franceses casi siempre llevan alguna idea de interés en sus viajes; los ingleses no van á buscar fortuna en las otras naciones, sino es por el comercio y con las manos llenas; cuando viajan, es para gastar su dinero y no para vivir con su industria; son muy soberbios para ir á arrastrarse fuera de su país. Tambien esto es causa de que en país extranjero se instruyan mejor que los franceses que llevan otras ideas en la cabeza. Sin embargo, tambien tienen sus preocupaciones nacionales los ingleses, y tal vez mas que ningun otro país; pero sus preocupaciones son hijas de la pasion, no de la ignorancia. El inglés tiene las preocupaciones de la soberbia, y el francés las de la vanidad.

Como en general los pueblos meros cultivados son los mas cuerdos, los que menos viajan, viajan mejor; porque como están menos adelantados que nosotros en nuestras frívolas investigaciones, y menos ocupados en los objetos de nuestra vana curiosidad, ponen toda su atencion en lo que verdaderamente es útil. No conozco mas que los españoles que de esta manera viajen. Mientras que corre un francés en casa de los artistas de un país, que hace un inglés dibujar alguna antigüedad, y

que lleva un alemán su libro de memoria á casa de todos los sabios, el español estudia en silencio el gobierno, las costumbres, la policia; y es el único de los cuatro que saca del viaje observaciones útiles para su patria.

Los antiguos viajaban poco, leian poco, componian pocos libros; y vemos no obstante en los que de ellos nos quedan, que se observan mejor unos á otros que nosotros observamos á nuestros contemporáneos. Sin remontarnos hasta los escritos de Homero, el único poeta que nos traslada á los países que describe, no se le puede negar á Herodoto el honor de haber pintado las costumbres en su historia, aunque mas esté escrita en narraciones que en reflexiones, mejor que lo hacen todos nuestros historiadores, atestando sus libros de retratos y caracteres. Tácito describió mejor á los germanos de su tiempo, que ningun escritor moderno ha descrito á los alemanes. Indisputablemente, los que están versados en la historia antigua conocen á los griegos, cartagineses, romanos, galos y persas, mejor que ningun pueblo de nuestro tiempo á sus comarcas.

Tambien debemos confesar que borrándose de dia en dia los caracteres generales de los pueblos, se hace por la misma razon mas dificultoso conocer el particular de cada uno. Al paso que se mezclan las castas y se confunden los pueblos, vemos desaparecer poco á poco aquellas diferencias nacionales que antes se notaban á la primera ojeada. En los tiempos antiguos, cada nacion permanecia mas encerrada dentro de sí misma, habia menos comunicaciones, menos viajes, menos intereses comunes ó contrarios, menos relaciones políticas y civiles de pueblo á pueblo, no tantos de esos enredos que llaman negociaciones, ni embajadores ordinarios ó residentes perpétuos; las navegaciones dilatadas eran raras; habia poco comercio remoto; y el poco que habia, ó le hacia el príncipe mismo, sirviéndose para ello de extranjeros, ó le ejercian hombres despreciados, que no daban la ley á nadie, ni aproximaban entre sí las naciones. Cien veces mas relacion hay ahora entre Europa y Asia, que la que habia antiguamente entre Gاليا y España: la Europa sola estaba mas aislada que lo está hoy el globo entero.